



# EL SOMBRERO MÁGICO DE SOFÍA

Había una vez una niña que se llamaba Sofía. Tenía nueve años, el pelo largo y rizado, y le encantaba explorar sitios nuevos. Un día soleado, mientras caminaba por la playa con sus sandalias de colores y escuchaba el ruido de las olas, vio algo raro entre las rocas. Era un sombrero. Parecía muy antiguo, como de otra época, con lazos y florecitas de tela que ya estaban un poco estropeadas. Era raro encontrar algo así en la playa, pero a Sofía le pareció superinteresante.

—¡Qué sombrero tan guay! —dijo en voz alta, aunque no había nadie cerca para escucharla.

Lo cogió con cuidado, lo sacudió un poquito para quitarle la arena y se lo llevó para casa envuelto en su toalla. Durante todo el camino no dejó de mirarlo y de preguntarse de dónde habría venido.

Cuando llegó a su habitación, lo dejó encima de la cama y lo estuvo mirando un buen rato. Tenía algo especial, aunque no sabía muy bien qué era. Brillaba de una forma extraña cuando le daba la luz. Sofía pensó que quizás había pertenecido a una princesa, o a una actriz muy famosa, o a una bruja. Y entonces, sin pensarlo dos veces, se lo puso.

De repente, todo empezó a dar vueltas muy muy deprisa, como cuando te mareas en los columpios del parque, pero muchísimo más. La habitación se hizo enorme, tan grande como un gimnasio. Los muebles parecían gigantes, la silla parecía una montaña, y la mesita de noche parecía un edificio altísimo. Sofía miró sus manos y grito:

—¡Son de plástico!

Se miró de arriba abajo y vio que llevaba un vestido muy chulo, de color rosa con puntitos blancos y un lacito en la cintura. Era precioso, pero lo más alucinante era que ya no era una niña de verdad. ¡Era una muñeca! Una muñeca de las de verdad, pequeñita, con los brazos duros y los ojos brillantes.

—¿Qué ha pasado? —dijo Sofía con una voz que sonaba rara, como si alguien hubiera apretado un botón en su tripa.

No le salía su voz normal. Sofía miró a su alrededor sin saber qué hacer. Tenía el corazón acelerado, aunque no sabía muy bien si las muñecas tenían corazón.

Entonces escuchó risas. Unas risas que conocía muy bien. Venían de la estantería, del baúl de los juguetes y de debajo de la cama. Eran sus propias muñecas, que de repente estaban vivas y se movían y lo miraban todo con los ojos muy abiertos.

La muñeca más grande, la que se llamaba Lucía y siempre llevaba un vestido azul marino, dio un pasito hacia delante y dijo con una sonrisa enorme:

—¡Hola, Sofía! Bienvenida. Ahora eres una de nosotras.

Sofía se asustó un poco, la verdad. Le temblaban las piernas de plástico y no sabía si echarse a correr o a llorar. Pero entonces Valentina le cogió la mano y se la apretó, Sofía se fue tranquilizando poquito a poco. Las otras muñecas también se acercaron, sonriendo y saludándola. Sofía se dio cuenta de que ninguna parecía mala, al contrario, parecían muy contentas de verla.

—¿Tenéis hambre? —preguntó una muñeca pequeña que se llamaba Lola y llevaba trenzas—. Podemos tomar té.

Y así fue como Sofía se encontró sentada en una mesa diminuta, tomando té, rodeada de todas sus muñecas que ahora hablaban, reían y contaban chistes malísimos. Jugaron a inventar historias de dragones y castillos, organizaron un desfile de moda con la ropa del baúl y hasta montaron un pequeño circo con los animales de peluche.

Todo era divertidísimo, como estar dentro de un cuento.

Pero después de un rato, Sofía empezó a sentir algo raro por dentro. Echaba de menos a su familia. Quería volver a ser una niña de verdad, con su cuerpo de verdad.

Se le pusieron los ojos llenos de lágrimas, aunque no estaba segura de si las muñecas podían llorar.

—Quiero volver —dijo en voz bajita—. Quiero volver con mi familia.

Lucía la miró con mucha ternura y le dijo:

—Lo sabemos, Sofía. Y está bien. Solo tienes que quitarte el sombrero.

Sofía levantó los brazos de plástico, se quitó el sombrero con mucho cuidado y otra vez todo empezó a girar, girar y girar...

Cuando abrió los ojos, estaba sentada en el suelo de su habitación, con su cuerpo normal, sus manos de niña de verdad y su ropa de siempre. El sombrero estaba en el suelo, delante de ella, quieto y callado como si no hubiera pasado nada.

Sofía lo miró durante un momento muy largo. Luego sonrió un poquito.

—Mejor juego contigo —le dijo al sombrero—, ¡pero sin ponérmelo!

Lo guardó con mucho cuidado en la caja de los tesoros que tenía debajo de la cama, junto a sus piedras de la playa y sus pegatinas favoritas.

Y colorín colorado, este relato se ha terminado.